

LA PREPARACION DEL CATEQUISTA

Ser Catequista implica una serie bastante compleja de presupuestos, cada uno de los cuales lleva en germen multitud de consecuencias, que se traducen en otras tantas obligaciones. Ser Catequista significa ser un poco literato y sociólogo, artista y orador, y más aún, pedagogo y teólogo. El arte de modelar almas es tarea ardua y difícil, con resultados tan a largo plazo, que el mismo consuelo humano —por otro lado tan legítimo— se nos esconde frecuentemente.

Que nadie nos tilde de unilaterales en lo que pretendemos decir en las páginas que siguen. Se trata de un presupuesto entre muchos. Sabemos —y de ello estamos convencidos— que no es éste el único, pero sí el más importante, el esqueleto y armazón del edificio catequístico.

La Catequesis es un mensaje salvador que Dios ha puesto en nuestras manos con la obligación de difundirlo. Pero corre por nuestra cuenta, ayudados de la gracia, desentrañarlo y asimilarlo previamente, pues, como dice el proverbio ruso, Dios nos da las nueces, pero no nos las parte.

«Tan grande es la divina bondad —ha dicho San Juan Bautista de la Salle—, que, habiendo criado a los hombres, "quiere que todos vengán en conocimiento de la verdad". Esta verdad es el mismo Dios y cuanto El se ha dignado revelarnos (...). En esto quiere Dios que sean instruidos los hombres, a fin de que su mente sea iluminada con las luces de la fe. Pero sólo puede uno estar instruido en los misterios de nuestra sacrosanta religión en cuanto ha tenido la dicha de oírlos "por la predicación de la palabra de Jesucristo". "¿Cómo —dice el Apóstol— creerán los hombres en Aquél de quien nunca han oído hablar? ¿Y cómo oirán hablar de El si no se les predica?"»¹.

Sí; Dios quiere que todos los hombres vengán en conocimiento de la verdad; así lo pide su voluntad salvífica universal; para ello son

¹ Meditación 198.

necesarios los predicadores², los cuales, para comunicar la verdad a los demás, necesitan poseerla ellos mismos; necesitan formación honda, vasta, adecuada y, junto con ella, los conocimientos pedagógicos necesarios para poderla enseñar con toda la eficiencia posible. Aquí sólo tratamos el primer punto. Consideramos, por lo tanto, el aspecto escueto de formación moral y científica del catequista. Naturalmente, la formación estrictamente teológica no es suficiente; precisa de toda la ciencia catequística. Pero no es menos cierto que la catequesis presupone en el catequista los conocimientos teológicos (empleando el término en su acepción más vasta). En esto vamos a insistir porque queremos con estas páginas sembrar la inquietud en aquellos a quienes Dios ha concedido la sublime misión de ser educadores de almas; más exactamente, catequistas, aunque educador y catequista son funciones inseparables y complementarias; son dos facetas que adornan a los que Dios ha escogido para ministerio tan elevado.

Educación es la tarea más noble que Dios puede encomendar a un hombre, porque le asocia a su misma labor, la de anunciar la Buena Nueva, la de dar a conocer a los niños el Reino de Dios. Dios ha sido, y sigue siendo, el Educador por antonomasia. Desde los albores del género humano no ha cesado un instante de educar. Adán y Eva recibían directamente de El las enseñanzas, los preceptos y los consejos; Caín no supo aprovechar la pedagogía divina que le hubiese llevado por la senda de la salvación, a pesar de su crimen. La historia del pueblo de Dios está marcada con el sello de la intervención divina; la conocemos suficientemente para detenernos en ella. Yavé fue el Pedagogo que, con infinita solicitud, intervino, guiando y dirigiendo a su pueblo con exhortaciones y promesas, con amenazas y castigos, con la firmeza de padre y la bondad de madre; pero siempre, claro está, con la *competencia* que es propia de solo Dios.

Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, continuó, al llegar la plenitud de los tiempos, esta Catequesis divina. Se proclamó *Maestro*, el único Maestro; pero a este magisterio, ejercido durante solo tres años, precedió una preparación decuplicada. Cuando hubo de elegir a los apóstoles que tendrían que continuar, después de El, la misión de «enseñar a todas las gentes», pasó la noche preparándose con la oración. Las multitudes le seguían ávidas de oír su palabra, de escuchar la doctrina, tan antigua y tan nueva, que les predicaba, y El, «des-

² «Fides ex auditu», dice el mismo San Pablo, Rom. 10, 17.

plegando sus labios divinos, los adoctrinaba», les hablaba de los misterios profundos de la divinidad, de la justicia, de la caridad, con tanta unción, con parábolas y comparaciones tan apropiadas, que, a dos mil años de distancia, conservan todavía su actualidad y lozanía. Y como quiso ser modelo acabado de catequista, consumió hasta los últimos instantes de su vida en provecho de sus catequizandos. Las siete palabras que pronunció en la Cruz son como el testamento que nos legó, el epílogo de su doctrina y de sus ejemplos. Por eso, Clemente de Alejandría llamará a Cristo el *Pedagogo* que lleva a los fieles a la visión de Dios y a la vida bienaventurada.

¿Qué misión más noble, pues, que la de instruir y educar? Aunque se compare el educador al pintor, al estatuario, al artista, ninguno de éstos puede alcanzar la altura del que posee el arte de educar a la juventud³.

Pero esta misión tan noble, precisamente porque es noble y elevada, requiere preparación no común, que aquellos que se han de beneficiar nos la exigen en virtud de la justicia más elemental. Si «al niño se le debe la mayor reverencia»⁴, una manera de demostrarlo consistirá en acercarse a él con el caudal completo de conocimientos que para ellos ha acumulado el educador. Este caudal no se consigue con la asimilación de unos pocos conocimientos más o menos vagos e imprecisos; es necesaria la capacitación seria y profunda, el rigor científico, y, más aún, la asimilación vital de todo cuanto se ha de verter en las mentes y en el corazón de los educandos.

Todo esto tiene importancia y aplicación en toda enseñanza, pero de manera especialísima cuando se trata de la enseñanza religiosa, la ciencia de las ciencias, para la cual nunca se estará suficientemente preparado.

A poner de relieve esta preparación doctrinal van dirigidas las páginas que siguen. La Iglesia nos lo exige y es la primera en darnos ejemplo (I). El Catequista necesita cualidades y capacitación nada comunes (II).

I. EL EJEMPLO DE LA IGLESIA

La Iglesia desempeña un puesto importantísimo en la educación. Es una sociedad perfecta en su orden, que ha nacido educadora y que

³ Cf. S. JUAN CRISÓSTOMO, in cap. 18, Mt., Hom. 60. CICERÓN, *De Divinatione*, lib. II, c. 2.º

⁴ JUVENAL, *Sátiras*, XIV, 47.

reivindica en esta materia los más nobles derechos, nacidos de unos deberes a los que no puede renunciar sin abandonar el fin que su Fundador le impusiera. Ella ha considerado siempre como deber ayudar y promover la religión y la cultura, como lo prueban numerosos testimonios históricos. Al principio creó el catecumenado, cuyo libro de texto era la Biblia. A medida que el número de prosélitos aumentaba, muchos de ellos pertenecientes a la clase aristocrática e intelectual, se fue introduciendo el estudio de las disciplinas clásicas, y poco a poco surgieron las escuelas de Antioquía, Edesa, Alejandría, Jerusalén..., a cuya fundación y florecimiento están vinculados los nombres de Clemente, Orígenes, Eusebio, Atanasio, Basilio..., considerados como la flor y nata del saber. Aunque estas escuelas eran para minorías, ponen de relieve la inquietud de la Iglesia por la formación de sus hijos.

Con la caída del Imperio romano y durante toda la Edad Media, se puede decir que las escuelas estuvieron en manos de la Iglesia y que la civilización, condenada a desaparecer, fue salvada por los monjes. Surgen en este tiempo las escuelas abaciales, a las que siguen las catedrales y parroquiales, centros de formación y cultura religiosa e intelectual.

A partir del siglo XII, a imitación de otras profesiones, estudiantes y maestros se asocian para formar las Universidades, fundadas o patrocinadas, la mayor parte de ellas, por los Romanos Pontífices, que las dotaron de prebendas y beneficios.

Este ambiente educativo lo continúa la Iglesia a lo largo de toda la Edad Moderna. Los papas, los obispos, los concilios promueven las ciencias y las artes; nacen las congregaciones religiosas, cuyo fin especial, después de su propia santificación, es la educación cristiana de la juventud⁵.

Si la Iglesia se ha preocupado siempre de enseñar y educar⁶, lo hace de una manera peculiar cuando se trata de la enseñanza religiosa. Su solicitud en este ámbito es manifiesta. Ha concedido importancia a la preparación de cuantos han de comunicar a otros las ciencias sagradas.

En el código de Derecho canónico (cánones 1.372-1.383), encontramos principios básicos de educación cristiana. Si los fieles han de ser

⁵ Cfr. *Actes de S. S. Pie XI*, tomo VII, p. 52. Maison de la Bonne Presse, París.

⁶ Véase Discurso de Pío XII a la Asociación de Maestros Católicos de Baviera, en «Ecclesia», 17 (1957, I), p. 34.

educados de modo que la instrucción religiosa ocupe el primer lugar (c. 1.372); si se les ha de dar una instrucción religiosa proporcionada a su edad (c. 1.373); si sacerdotes y religiosos (cc. 589, 1.380) han de estudiar a fondo las ciencias sagradas, es que la Iglesia exige que cuantos estén encargados de enseñar la religión posean la preparación requerida.

Es de todos conocida la doctrina propuesta por Pío XI en la inmortal encíclica *Divini Illius Magistri*; es un tratado completo de educación religiosa, donde se dan advertencias saludables sobre la necesidad de la preparación adecuada del maestro y del catequista.

Pero en nuestros días de modo particular se echa de ver el afán y la inquietud por obtener la preparación necesaria, por estar a la altura de la misión que la Iglesia confía al educador. Su Santidad Pío XII ha dejado sembrado su fecundo magisterio de discursos y alocuciones, en los que, de diversas maneras, insiste en este tema y recalca la responsabilidad que contrae ante Dios el educador si descuida deber tan sagrado. Mención especial hemos de hacer de la Constitución *Sedes Sapientiae* y de los Estatutos anejos, cuyo fin es obtener del sacerdote y del religioso la formación que ha menester en el desempeño de su ministerio; pocas veces se ha visto un documento pontificio tan severo en este punto. Y es que la Iglesia ve con claridad que, sobre todo en la época actual, no existe labor verdadera sin conocimientos seguros y profundos.

El mismo Papa Pío XII, por medio de la Sagrada Congregación de Religiosos, ha creado en Roma dos organismos, cuyo fin es precisamente éste. Nos referimos al Instituto *Regina Mundi*, para la formación de las religiosas, y al Instituto *Jesus Magister*, que prepara a los religiosos laicales a su misión catequística.

II. EL CATEQUISTA

El catequista, el verdadero catequista, se entiende, necesita como una triple aureola que le capacite para llevar a cabo lo que la catequesis exige, es decir, su fin específico, que es la formación para la vida cristiana. Tiene que prepararse moral, doctrinal y pedagógicamente. Esta triple formación está de tal modo trabada, que una no puede existir sin las otras, so pena de hacer ineficaz la catequesis⁷. La buena voluntad no es suficiente.

⁷ Cf. Jesús GONZÁLEZ, *Cursos de Pedagogía Catequística*, Ediciones FAX, Madrid, 1943, p. 93.

Expongamos algunas ideas sobre la preparación moral, para tratar después de la preparación doctrinal; en cuanto a la pedagógica, la dejamos para otros, que podrán abordar directamente el tema.

A) *Formación moral del catequista* ⁸.

Convénzase el catequista que su enseñanza rozará superficialmente los espíritus si no está confirmada con los actos; sin esta condición, se convertiría, en frase de San Agustín, en «vendedor de palabras» ⁹, que nadie le comprará porque cuestan caras. Si está persuadido que la catequesis es para la vida y no para acumular conocimientos, aunque sean elevados y sublimes, debe también convencerse de que el ejemplo es el que arrastra. La ascética personal, pues, se impone.

Las verdades religiosas tienen un aprendizaje muy distinto del de las demás verdades; aquéllas no deben enseñarse «sino después de una previa meditación, dedicada al estudio y a la plegaria, que haga a las ideas, además de ordenadas y lúcidas, fuertes y ardientes por la profunda convicción, y elaboradas en íntima comunicación con el espíritu de verdad y de gracia» ¹⁰.

La formación moral del catequista exige de él un conjunto de virtudes que no es el caso comentar aquí; nos ceñimos a las más importantes: la fe viva, la caridad sincera y la verdadera humildad ¹¹.

a) *La fe viva*.—La clase de religión merece el calificativo de *sui generis*; en una clase de matemáticas, por ejemplo, la enseñanza se dirige a la inteligencia; en la de religión no se para ahí; debe pasar a la voluntad, para, desde allí, traducirse en actos. Pero, ¿cómo han de distinguir los alumnos la diferencia entre ambas disciplinas sino por la fe del catequista, que se trasluce en su enseñanza? ¿Cómo se convencerán de que la religión es vida sino porque ven el ejemplo de su maestro? Viva, pues, el catequista lo que enseña y haga que la exposición de la doctrina sea tal que por las palabras, los gestos, las reacciones ponga de manifiesto que vive conforme a los principios que enseña. Una vez más, el ejemplo arrastra.

⁸ Cf. J. GONZÁLEZ, o. c., p. 92; D. DANIEL LLORENTE, *Tratado elemental de Pedagogía Catequística*, p. 36 ss.; M. TRÉMEAU, O. P., *Pédagogie Catéchistique*, Ami du clergé, Langres, 1954, p. 16 ss.

⁹ Cf. Discurso de Pío XII al Congreso Nacional de la Unión Católica Italiana de Profesores de Enseñanza Media, 6-IX-49. «Anuario Petrus», 3 (1949), núm. 79.

¹⁰ Carta de la Secretaría de Estado al II Congreso Catequístico de Milán. «Anuario Petrus», 3 (1949), núm. 80.

¹¹ D. LLORENTE, o. c., p. 36. Seguimos en esta exposición a M. TRÉMEAU, o. c., p. 16 ss.

b) *La caridad sincera*.—En la explicación del catecismo importa, más que la rigurosa argumentación, la caridad que la informa. Sabemos por experiencia que en las discusiones de cualquier género, máxime de orden religioso, no vence el que mejor y más acaloradamente argumenta, sino aquel que une a la argumentación el testimonio de la caridad sincera y desinteresada; y esto tanto si se trata de adultos como de niños. Nunca deberíamos despreciar las dificultades de estos últimos, sino procurar acogerlas con simpatía. En este dominio, un desprecio o sinrazón pueden traer consecuencias fatales¹².

Esta caridad lleva consigo otras virtudes, pues es la reina de todas ellas; exige, sobre todo, amplitud de corazón, tan dilatada como el Cuerpo Místico de Cristo; «hay corazones muy pequeños, muy egoístas, muy estrechos... Otros, en cambio, se parecen al Corazón de Jesucristo, tienen un corazón de "humanidad", en el sentido que caben todos, en el que se sienten vivir todos»¹³.

c) *La humildad verdadera*.—El profesor no ha de considerarse en la cátedra como un ser trascendente que mire a los discípulos como otros seres inferiores, sobre los que tiene una superioridad casi infinita; el catequista que así obrara tiene asegurada la derrota. Al contrario, si en alguna disciplina tiene que bajarse y ponerse al nivel de los alumnos, es en ésta. La humildad le hará, además, desconfiar de sí y recurrir a Dios en demanda de luces, suplicándole que El dé la eficacia. La misma preparación cultural tiene por base la humildad y desconfianza de sí. Aquí es verdad que Apolo regó, pero Dios es quien dio crecimiento.

Y podríamos seguir enumerando cualidades y virtudes: bondad, paciencia, celo..., pero no es necesario; las virtudes —en buena ascética— son solidarias unas de otras¹⁴.

B) *Preparación doctrinal del catequista.*

a) *Necesidad*.—La preparación del catequista tiene que ser tan profunda y concienzuda que pueda hacer frente a la ignorancia religiosa, que es, en frase de Pío XI, «la mayor vergüenza de las naciones

¹² Cf. TRÉMEAU, *o. c.*, p. 20.

¹³ César VACA, O. S. A., *Mensaje a los insatisfechos*, Ediciones Religión y Cultura, Madrid, 1957, p. 15.

¹⁴ Léase la preciosa obrita del Rvmo. Hno. AGATÓN, *Las doce virtudes del buen maestro, según San Juan Bautista de La Salle*, Bruño, Madrid, 1952, 4.ª edición, 139 pp.

católicas», y, según Pío XII, «una llaga abierta en el costado de la Iglesia»¹⁵.

La enseñanza de la religión ha sido necesaria en todo tiempo; cada siglo, cada período, se ha esforzado por evidenciarlo. En los primeros siglos, con el fin de preparar a los catecúmenos que se disponían a recibir el bautismo; en la Edad Media, porque la vida toda estaba impregnada de lo religioso; durante el Renacimiento, para contrarrestar la ola de paganismo que invadía por doquier; después, para oponerse a las doctrinas filosóficas y librepensadoras. Pero hoy, sin género de duda, esta necesidad adquiere proporciones gigantescas; la nueva generación, «imbuida de laicismo negador y de hedonismo vividor, ocupada completamente en el desarrollo inmenso del progreso exterior y casi oprimida en estos últimos años por las excesivas preocupaciones de orden económico, no se ha preocupado suficientemente, como otras épocas lo hicieron, del estudio de las verdades eternas del catecismo»¹⁶.

La buena voluntad, repetimos, no basta; no se improvisa oficio tan elevado y de tanta trascendencia. No basta tampoco la ciencia pedagógica, que no actúa sino donde hay materia prima. Se requiere una preparación más necesaria ciertamente que la exigida en cualquier otra disciplina. En efecto, el aprendizaje de la religión no se parece al de otras disciplinas profanas; éstas son principalmente analíticas y progresivas, sobre todo en sus comienzos; aquélla, por el contrario, es esencialmente sintética, es decir, que todas sus partes son solidarias unas de otras; un dogma se relaciona con los otros, una verdad con otra; el Dogma y la Moral, con la Liturgia. El simple acto de la señal de la cruz supone el conocimiento de la Trinidad, de la Encarnación, de la Redención... En una clase de matemáticas, se puede muy bien —rigurosamente hablando— explicar perfectamente la suma de dos y dos sin conocer la resta o la división o los logaritmos; pero en la religión los conocimientos están tan unidos, que unos suponen o completan a los otros; de aquí que sería un error craso presentarse ante el auditorio sin poseer muchísimos más conocimientos que los que contiene un manual de religión¹⁷.

Esta necesidad sube de grado si se considera la importancia soteriológica que tiene la enseñanza religiosa; un descuido culpable en

¹⁵ Citados por TRÉMEAU, *o. c.*, p. 16.

¹⁶ Pío XII, «Anuario Petrus», 3 (1949), núm. 79.

¹⁷ Véanse estas ideas en TRÉMEAU, *o. c.*, p. 10-12.

esta materia, ha dicho Pío XII, puede dejar huellas indelebles y malignas, mucho más fácilmente que en la cera¹⁸.

b) *Estudios profanos, filosóficos; formación pedagógica.*—No podemos ir al alumno revestidos únicamente de la ciencia religiosa; mejor dicho, la ciencia religiosa no será eficiente ni completa, en el ámbito del apostolado, si no va adornada, por decirlo así, con las otras ciencias. Algunas de ellas son indispensables. La filosofía, por ejemplo, la «ancilla theologiae», es el elemento básico para una ciencia teológica segura y sólida; tratados como el de Eucaristía, Trinidad, Encarnación y otros no podrán ser estudiados, ni entendidos, ni explicados con solvencia sin los previos conocimientos filosóficos.

La Historia, la Literatura, la Geografía, la Biología y Antropología son otros tantos poderosos auxiliares del catequista, de los que no debe desentenderse. «Dado que en el mediador intelectual —se ha dicho atinadamente— convergen las ideas y doctrinas de dos órdenes del saber, es decir, las ideas y verdades del mundo natural y sobrenatural, y que su función es informar lo natural con lo sobrenatural, llenar el vacío de la ciencia con la plenitud de la fe, todo mediador intelectual, todo sacerdote, todo religioso, todo apóstol de Cristo necesita profundidad y vitalidad intelectual en el plano natural de la ciencia, pero necesita, sobre todo, profundidad y vitalidad intelectual en el orden de la fe y de la gracia para hacer efectivo su apostolado y triunfar en el mundo del espíritu»¹⁹.

c) *Formación doctrinal teológica.*—En la época actual, todas las profesiones, todas las actuaciones que trascienden el ámbito de lo privado y repercuten en la esfera pública y social, necesitan, para poder ser ejercidas, que el individuo esté en posesión del título requerido; es decir, que haya seguido unos estudios especiales y sufrido los exámenes de las diferentes asignaturas. Con frecuencia, sobre todo en las carreras docentes, el examen de reválida es necesario, y, además de esto, las oposiciones, prolongadas y duras, quieren contribuir a que la función docente esté salvaguardada por la competencia y seriedad.

No es que vayamos a hacer aquí una apología de los títulos universitarios. Lo que la enseñanza exige es la capacitación, la competencia para lo que se enseña. Los títulos no dan la ciencia; son una

¹⁸ Pío XII, Discurso a las señoras de la Acción Católica Italiana, Colección de Encíclicas y documentos pontificios, 5.^a edic., 1955, p. 976.

¹⁹ Cándido Añiz, O. P., *Actas del Congreso Nacional de Perfección y Apostolado*, vol. I, Cocusa, Madrid, 1958, p. 1.134.

manera —a veces muy precaria— de comprobar la capacidad del candidato.

¿En qué consiste esta formación doctrinal necesaria al catequista? En poseer las ciencias sagradas «de tal modo que se llegue a ser perfectamente idóneo para hacer frente a las necesidades, siempre crecientes, de nuestros tiempos»²⁰.

Poseer a fondo las ciencias sagradas no significa ser verdadero especialista; la Teología es un campo vastísimo; queremos decir que el catequista ha de tener tales conocimientos que le permitan dar con solvencia y exactitud una formación religiosa sólida y bien fundamentada²¹.

El Dogma es la base en que se apoya el edificio teológico; hoy día, que la crisis de la fe deja sentir sus funestas influencias y la ciencia cree poner trabas a los datos de la Revelación; hoy, que el pragmatismo y el escepticismo nos invaden por doquier, se necesitan ideas claras sobre nuestros dogmas perennes, eternos como Dios, válidos para todos los tiempos. Dios y su Providencia, el misterio insondable de la gracia y del pecado, los dogmas de la Encarnación, Redención, la teología sacramental, por no citar sino los principales eslabones, son otros tantos centros de interés catequístico en esa iniciación básica a la totalidad de la doctrina cristiana²².

La Moral y todas las otras partes de la Teología que con ella tienen relación no son menos importantes. Nada más necesario para el cristiano en esta vida que ordenar todos sus actos al fin sobrenatural; esta ordenación le impulsa a conocer sus obligaciones generales y específicas, a seguir la voluntad de Dios conocida; tratados como el de la justicia, la castidad, la deontología profesional no pueden ser ignorados por el educador, como tampoco puede ignorar otros tratados no menos importantes, como la Historia de la Iglesia, la Sociología cristiana, la Liturgia. Todas estas ramas han de formar un todo único,

²⁰ Carta de S. S. Pío XII al Cardenal Valerio Valeri, en *Actas del Congreso Nacional...*, vol. I, p. 67.

²¹ Queremos, con todo, hacer una advertencia que nos parece oportuna y, al mismo tiempo, necesaria. Porque no pretendemos con estas páginas apoyar, ni menos aprobar, posiciones que no nos parecen exactas. Quede bien claro que la Teología por sí sola no capacita para enseñar con eficacia el catecismo. El profesor de Religión, el teólogo, posee la ciencia, muy vasta si se quiere, pero no posee, por el mero hecho, el arte de comunicarla a los demás, sobre todo a los niños; le hace falta la ciencia catequística. Y si antes hemos dicho que no es necesario poseer la ciencia religiosa como un especialista, aquí tenemos que añadir que es indispensable ser especialista en la ciencia catequística, porque serviría de muy poco ser un pozo de ciencia y no saber comunicarla a los otros.

²² J. A. JUNGMAN, S. I., *Catequética*, Herder, Barcelona, 1957, p. 11.

trabado y conexo; precisamente esta falta de visión de conjunto ha determinado la separación de tratados que una Teología viva tiene que considerar unidos forzosamente ²³.

«Os es necesario —ha dicho Su Santidad Juan XXIII— un continuo esfuerzo para adecuar siempre más y más vuestra específica preparación a la actividad que desarrolláis, la cual pide, y pedirá más en el futuro, la posesión de una segura y profunda doctrina» ²⁴. Si el profesor de Literatura o de Historia o de Matemáticas no puede explicar con solvencia sus respectivas disciplinas si no se ha preparado convenientemente, mucho menos podrá hacerlo el catequista. Al fin y al cabo, la ignorancia de una materia profana puede tener graves consecuencias, pero normalmente son de orden puramente material; la ignorancia de las verdades religiosas trasciende lo terreno, y sus consecuencias pueden ser fatales, hasta poner en peligro la misma salvación eterna de los discípulos. Pío XII lo dijo con frase que sabe a reproche: «La escuela no puede equipararse a un laboratorio químico, en el cual el riesgo de desperdiciar sustancias más o menos costosas se compensa con la probabilidad de un nuevo descubrimiento; en la escuela se trata de la salvación o de la ruina de cada una de las almas» ²⁵.

d) *Preparación próxima y remota.*—Sentadas las bases de la necesidad y obligación que tiene el catequista de estar, como se dice, a la altura de su misión, veamos brevemente algunos puntos concretos que dirigen y encauzan esta preparación.

La preparación ha de ser remota y próxima. De la preparación remota ya hemos dicho bastante. Añadamos, para completar, alguna idea útil.

Aproveche el catequista todas las ocasiones que se le presenten para aumentar el caudal de conocimientos que en los años dedicados a su preparación ha adquirido. A lo largo de su ministerio encontrará mil ocasiones con que acrecentar esos conocimientos y ponerlos al día: artículos, revistas, nuevas publicaciones, conferencias, cursos especiales, etc.; será un medio eficaz de trabar las ideas nuevas con las vie-

²³ Sabemos que la causa principal de la separación de los tratados teológicos se ha ido originando a causa del crecimiento y desarrollo interno de la Teología; pero no es menos cierto que también ha contribuido a ello esta falta de visión sintética, de trabazón y conexión que muchos han descuidado,

²⁴ «Ecclesia», 19 (1959, I), p. 315.

²⁵ Pío XII, Discurso al 2.º Congreso Nacional de la Unión Católica Italiana de Profesores de Enseñanza Media, «Anuario Petrus», 3 (1949), núm. 79.

jas, de retocar lo defectuoso, de poner al día su mundo mental, que, de lo contrario, se anquilosa y envejece irremediablemente.

Pero no basta esta preparación remota; la preparación inmediata es asimismo necesaria; el agua contenida en un estanque no fertiliza el campo si no se la dirige y encauza debidamente; los conocimientos almacenados no pasan a las mentes y al corazón de los formandos si aquéllos no han sido rumiados por el catequista.

San Pío X, el papa del catecismo, lo ha dicho con frase certera: «Se engañan de medio a medio —dice— los que, fiados en la ignorancia y rudeza de la plebe, se figuran que para esto no necesitan trabajar. Al contrario, cuanto más rudo sea el auditorio, mayor estudio y diligencia es menester para acomodar verdades, tan sublimes y alejadas de la inteligencia del vulgo, a la débil vista de los ignorantes, que necesitan conocerlas, como los sabios, para conseguir la eterna felicidad»²⁶.

Una de las razones que más urgen la necesidad de esta preparación inmediata no es precisamente el hecho de que los alumnos han de aprender la doctrina explicada —que ya de por sí es razón de peso—, sino, sobre todo, porque la enseñanza religiosa ha de pasar de la inteligencia al corazón y de aquí a la vida; y este paso, que no se verifica sin la intervención de múltiples y complejos factores (la gracia y la libertad, sobre todo), requiere, por parte del educador, mucho tacto e intervención delicados, que no conseguirá sin una esmerada preparación. «Es necesario —decía Dupanloup— preparar la lección de catecismo muy seriamente y con detención. Durante diez años, aunque no lo aprendiese yo todo de memoria, lo escribía todo: instrucciones, homilías, preguntas, ejemplos, avisos.» «La falta de preparación —ha dicho también Overberg— lleva consigo grandes inconvenientes. La explicación resulta oscura, vaga, difusa; se desconciertan los niños, escuchan mal; están impacientes, y yo con ellos»²⁷.

e) *Atender a la formación de todo el niño.*—El catequista ha de tener en cuenta que su formación religiosa existe en función del niño, del joven, del adolescente que educa; que su preparación ha de ir encaminada a obtener de los niños «una formación religiosa y moral sana, sólida, clara y bien fundamentada, que haga mañana de ellos buenos hijos de familia, buenos ciudadanos de la patria y buenos miem-

²⁶ Citado por LLORENTE, o. c., p. 45.

²⁷ *Ibid.*, p. 46.

bros de la Iglesia, que en ellos tiene puestas sus esperanzas»²⁸. Lo que significa la formación de todo el niño, no solamente la intelectual, sino la moral, la formación de la voluntad; la enseñanza religiosa debe traducirse en el cumplimiento de los deberes, en la adquisición de hábitos buenos.

Las diferentes etapas evolutivas del niño exigen del educador catequista tacto nada común, al mismo tiempo que le imponen la obligación de la específica preparación. No es lo mismo la lección de religión a una clase de párvulos o de adolescentes que atraviesan el difícil sendero de la pubertad, que a una de jóvenes o de muchachos que necesitan una formación religioso-social esmerada y completa. Evidentemente que si el profesor no posee estos temas, malamente podrá exponerlos a sus discípulos.

A esto puede añadirse el conocimiento del medio ambiente. La enseñanza ha de ser sólida, clara, interesante, proporcionada a las necesidades espirituales de los oyentes; y solo podrá ser así, como ha dicho Pío XII, si el catequista conoce a fondo las condiciones de vida personal, familiar y profesional; las dificultades, las luchas, las impresiones y aspiraciones de los discípulos²⁹.

Quizá al desconocimiento de todo esto se deba el fallo que todos lamentamos y la poca eficiencia de la enseñanza religiosa, hablando en términos generales. El P. Cándido Añiz, O.P., se hace la pregunta del porqué del fracaso de la enseñanza religiosa en las universidades; «porque su enseñanza —dice— se ha visto privada de las características más bellas que posee la doctrina de la Iglesia. Le ha faltado vitalidad y profundidad teológica, psicológica, histórica»³⁰. Se ha momificado la religión y reducido a fórmulas sin jugo ni sabor, puramente teóricas, abstractas, y esto porque en la preparación no se han tenido en cuenta todos los factores señalados. Catequistas de la letra se encuentran; pero catequistas que posean la teología, la historia, la escritura, en su sentido hondo y vital, se encuentran con dificultad. Catequistas que conozcan las premisas de un silogismo que hace fe son muchísimos. Pero catequistas que con esos argumentos obtienen la convicción propia y la del interlocutor son muy pocos³¹. Y la ra-

²⁸ Pío XII a la Hermandad de Inspectores de Enseñanza Media de España, «Ecclesia», 16 (1956, II), p. 35.

²⁹ Pío XII, Discurso a los Predicadores Cuaresmeros de Roma, «Anuario Petrus», 2 (1948), núm. 18.

³⁰ Cándido AÑIZ, O. P., *Actas...*, vol. I, p. 1137.

³¹ *Ibid.*, p. 1136; el autor los aplica al sacerdote, pero valen igualmente para cualquier catequista.

zón, repetimos, radica en que no se tienen en cuenta todos los factores que condicionan el problema religioso.

CONCLUSIÓN

No es una simple frase retórica; es la realidad: la juventud del siglo veinte siente necesidad de religión, tiene hambre de Dios, de Iglesia, de Cuerpo místico, de Liturgia vivida. Y estos jóvenes se dirigen confiados a sus maestros, seguros de que colmarán éstos con creces sus anhelos. ¡Cuántas desilusiones si la realidad no es así!

La solución y el remedio está en afianzar bien el primer eslabón de la cadena: la formación del catequista. La obligación de procurar que esta formación sea lo más completa posible recae sobre superiores e inferiores. Los superiores contraen una grave responsabilidad si no ponen a los futuros catequistas en condiciones favorables para su preparación, y los inferiores, si no aprovechan los medios que aquéllos les proporcionan.

«Imitemos al Señor —dice San Juan Crisóstomo— y no descuidemos nada en favor de nuestros hermanos, ni aun lo que parece de poca importancia (...). Pues para mostrarnos de qué amor y solicitud es digna el alma, Dios no perdonó a su propio Hijo»³².

La síntesis de todo lo expuesto puede encontrarla el lector en las conclusiones del V Congreso Interamericano de Educación Católica, celebrado en La Habana los días 4 al 12 de enero de 1954. A ellas nos remitimos³³.

S. B. VIOLA, F.S.C.

³² In cap. 18, Mt., Hom. 60.

³³ «Lumen Vitae», 9 (1954), 168; «Ecclesia», 14 (1954, I), 89, 126 y 371.